

Freud y Celan: lado a lado.
En memoria
de Carolina Pezoa

Hugo Rojas Olea

La reciente muerte de Carolina Pezoa Cifuentes en junio de este año 2023, todavía adentrándose en la madurez de su pensamiento y de su poesía, significa una fuerte pérdida en ambos espacios de su creación. Su obra poética mostraba ya una voz y un lenguaje de arte, en los que se podía reconocer la originalidad de la íntima y propia estrechura de la cual surgía su necesidad de escribir para sostener la vida del alma. De su obra poética dejó en nuestras manos y nos confió para su lectura los libros: *Nacencia, Gusana, Hubo mar una vez aquí y Nazca*, son los que yo he podido conocer. Libros de pocas palabras y versos cortos, como ella solía decir, sobre lo que se puede agregar que se trata de versos y palabras altamente condensados. En el campo del pensamiento y la práctica del psicoanálisis nos dejó un importante trabajo para nuestro oficio: *Celan y Freud, hacia lo estrecho*, que resultó de su labor como tesista de doctorado y que fuera publicado por la editorial de nuestra Sociedad Chilena de Psicoanálisis.

Tuve la suerte de que, desde su paso por su pregrado en la Universidad de Chile, siendo su profesor de psicoanálisis, me escogiera como un interlocutor, así participé de su tesis de pregrado como guía y patrocinante; más adelante, durante varios años me confió la supervisión de muchos de sus casos. Pero es en su trabajo sobre Celan y Freud donde más pude seguirla en su investigación y el entusiasmo que desplegaba en el esfuerzo por comprender el asunto que reunía, en su pensamiento, pero sin duda también en Freud y en Celan, y los enfilaba a ella y esa compañía, en dirección hacia lo que nombraba como lo *estrecho*, tomando el término de Celan, pero, sin duda, también con muchas resonancias en la obra de Freud. A mi parecer, el reconocimiento más justo para con Carolina es la lectura de este bello libro que pone juntos a la poesía y el psicoanálisis. Y de mi parte, recomendar calurosamente que su lectura sea atenta, exponiendo, en trazos muy gruesos, por cierto, mi comprensión acerca de lo acertado y justo que es la reunión de Celan y Freud teniendo como horizonte el conocimiento de lo real psíquico.

Freud desde muy temprano tuvo conciencia de la cercanía entre el trabajo del artista, especialmente el poeta, y el empeño del investigador científico del alma; sin duda no siguen el mismo camino ni hacen recorridos paralelos, pero se dirigen hacia un mismo lugar. Por su parte, Paul Celan parece haberse detenido a leer a Shakespeare, Adorno y Freud, entre

otros, mientras se encontraba internado en un hospital psiquiátrico, en el año 1967, después de intentar asesinar a su esposa Gisèle, e intentar cometer suicidio. Para Carolina se hace patente que la palabra poética, el sufrimiento psíquico y el síntoma, y la investigación psicoanalítica, abrevan y se nutren en una misma fuente, en un lugar que podemos nombrar como lo originario, el lugar de origen para el alma de cada uno, propio y único de cada uno, y que es también el lugar en que para cada uno se dona lo real, se yerra sobre lo real, se sufre de realidad, o, como lo dice el mismo Celan, herido de realidad se busca lo real. Pero es necesario precisar que lo real concernido en la obra de Celan, en la investigación freudiana y en el trabajo de Carolina sobre un diálogo posible entre estos dos pensadores, no es meramente eso que cotidianamente percibimos con nuestros ojos como realidad exterior, se trata de lo real psíquico, de lo inconsciente freudiano, de esa realidad que Carolina señala como ocupable, investible (*besetzbar*), relacionada con la investidura libidinal (*Besetzung*) en las palabras de Freud, necesaria para hacer posible la vida del alma, la vida psíquica.

En esta escritura de reconocimiento para Carolina Pezoa, deliberadamente nos hemos propuesto omitir las referencias textuales y no intentar mostrar una escritura con apariencia científica, antes bien, hemos querido permitirnos seguir su sugerencia acerca de cómo leer su trabajo. En su invitación a leer, ella pide a su eventual lector que avance, al comienzo quizá un poco a tuestas, y se deje *estrechar* por la progresión que su escritura va proponiendo en la misma medida en que esta se va construyendo al ir haciéndose de sus propias huellas; pide también que se le conceda tiempo, y se ponga atención a las reiteraciones, rodeos y pausas en el empeño de abrir ese espacio de frontera que se propusieron transitar Freud y Celan, cada uno con su propia andadura, y que atañe a las vicisitudes por las que transitan las almas mismas. Así, nos parece acorde a este espíritu de lectura, que los lectores que este texto pueda incitar, se aventuren con el ánimo más abierto que sea posible en la lectura de este diálogo Freud-Celan. Nos proponemos, sin embargo, un atravesamiento por el texto de Carolina que inevitablemente resultará parcial, pero en el cual no queremos privarnos de realizar algunos señalamientos que conciernen a cuestiones o preguntas ineludibles para nuestro quehacer como psicoanalistas.

Una de estas cuestiones se relaciona directamente con las condiciones en que solemos desempeñar nuestro trabajo, como psicoterapeutas abocados al tratamiento de las dificultades del alma que se nos presentan como problemas de naturaleza psicopatológica. ¿Cuál es el tiempo que se requiere para un tratamiento?, ¿cuál es el camino que se ha de recorrer en el empeño de la cura? Es sabido y mucho se ha repetido sobre el hecho de que el psicoanálisis es una tarea que se realiza uno por uno, y, podríamos agregar, no tiene otra posibilidad ni otra exigencia que ese uno por uno. Tiempo y contingencia, podríamos subrayar. Pero tiempo y contingencia no son palabras simples, o, mejor, no señalan realidades simples. La palabra tiempo no solo alude al tiempo que puede consumir la tarea del análisis, como si pudiéramos plantearnos una fórmula sobre la eficacia del tratamiento en términos tales como: tantas horas tanto progreso o mejoría; tiempo alude también a la andadura del paciente, y, por qué no, también a la del psicoanalista, el tiempo que cada uno de ellos se toma en su tarea. Cuando hablamos de contingencia, las circunstancias de una vida, se nos introduce en la ecuación el asunto de la historia, no solo el momento de la historia planteada en general, sino en lo más particular de aquello en que se encuentra cada sujeto, cada una de las almas que sufren. Por ello se no hace difícil comprender la poesía de Paul Celan sin el 20 de enero de 1942, como bien lo remarca Carolina. Tiempo y contingencia nos llevan, sin duda, a enfrentarnos con la cuestión de la memoria, del recordar,

uno de cuyos momentos de apertura más sugerentes, por su hondura, lo encontramos en el trabajo sobre los recuerdos encubridores, de Freud.

El modo en que se orienta la lectura y la escritura de Carolina en este diálogo Freud-Celan en ocasiones resulta sorprendente al revelarnos las resonancias de un mismo paisaje en las obras de estos dos autores. El trabajo se organiza, se construye, puede decirse, teniendo como pilares o columnas dos poemas de Celan: *Fuga de muerte* y *Estrecho*. Ambos poemas aluden, desde sus títulos mismos al género musical de la Fuga, y más allá de sus títulos, están estructurados como un juego de voces, tal como las fugas. Piezas musicales de las cuales cuyo maestro es sin duda J. S. Bach. Pero la fuga no aparece solamente como una curiosidad refinada, sino, es también el modo en que entra en el poema, si así puede decirse, el cuerpo en persona, el ritmo del corazón, el tiempo de la renuencia, de la repetición, del demorar y del precipitarse, el tiempo del existir.

En este lado a lado de Freud y Celan se nos hace patente como, lo que para uno era el objeto de su investigación, para el otro era el espacio y la realidad en que sostenía la posibilidad de su supervivencia psíquica. Pero ello no significa que deba considerarse que uno debiera ser el psicoanalista del otro, al menos no es este el ángulo desde el cual Carolina Pezoa explora esa Frontera en que podrían encontrarse el poeta y el psicoanalista. Ella se mueve de uno al otro y escucha; escucha como cada uno de ellos, hablando en su propio lenguaje, puede donar cuerpo y consistencia, abriendo un claro al sentido de lo hablado por el otro. En este escuchar se nos va mostrando un sentido, una dirección, *hacia* el cual el psicoanalista y el poeta se encaminan, como decíamos, con distintas motivaciones, y con distintos resultados, pero tomados por una misma fuerza, la pulsión. Pero pulsión es, nuevamente, otra palabra que indica una realidad cuyo significado no nos resulta muy asible, sin embargo, no debemos desatender que el domeñamiento de la pulsión puede ser también su realización como pensamiento; y si atendemos, además, a que *escribir un poema es recorrer un camino hacia el pensar*, no nos quedamos tan faltos de orientación.

“Hacia lo estrecho” es ir hacia la posibilidad del pensar. “Donde ello era yo debe advenir”, en el decir de Freud. Lo que Carolina Pezoa pone en descubierto en su trabajo sobre Celan y Freud es, ni más ni menos, en ese *hacia lo estrecho*, una manera de decir el camino, la dirección que debe seguir el proceso de la cura. No importa cuántos rodeos nos sean impuestos, cuantas demoras o insistencias, siempre tener en el horizonte lo estrecho. Porque lo estrecho es el punto de llegada y el origen, y es allí, o, al menos en sus cercanías, lo más lejos que podamos remontarnos en la memoria del origen, donde podemos devenir nuestra posibilidad.

Agosto de 2023